

Carta a "María de la O"

CAMPANA CATEDRALICIA SALMANTINA

Por PALOMA GARCÍA-BERNALT

Yo no conocía la historia de la campana gorda de la Catedral de Toledo. Tampoco había oído hablar, claro está, de su badajo.

Cuando llegué aquí, a la ciudad toledana, no me acuerdo ya quién me lo dijo.

Fué entonces cuando te recordé y sentí deseos de escribirte, o de hablarte, o de ponerte al lado; pensé en ti y te lo digo ahora, campana.

Hay gentes a las que el sonido de todas las campanas parece igual; indudablemente no lo es.

Cada una tenéis vuestra manera peculiar de hablar.

Unas lo hacéis con voz aguda, otras más bajo, quizás alguna con enfado o la de más allá dulcemente..., casi en susurro.

Tenéis una voz nueva para cada ocasión y con una ternura casi humana; os sabéis adaptar y poner a tono con las circunstancias —nunca mejor empleada la palabra tono—.

Cuando en Salamanca, ya al atardecer, en esos atardeceres charros; cuando las agujas de tu torre se reflejan en espejos del Tormes, vosotras, las campanas, os ponéis a conversar.

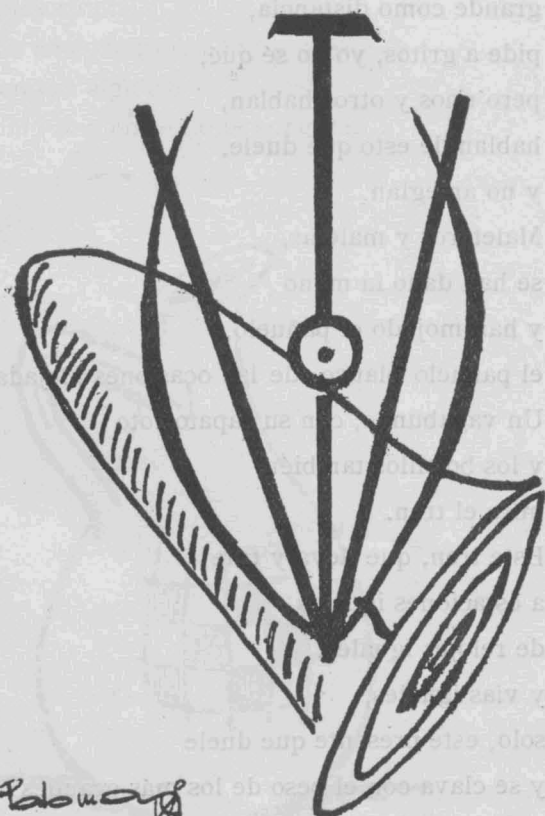
Y en aquel sonido se distingue tu palabra grave... de campana con experiencia.

La primera vez que subí a asomarme en tu baranda, era una pitusa aún.

Llegué sudorosa, con el pecho en flor lleno de arte..., de alma.

Por la escalera empinada y carcomida que llega hasta ti, se me fué pegando.

El balcón es muy alto. Desde allí se ven las calles de Salamanca.



Venas que van a desembocar al corazón... ¡LA PLAZA! Rúa, Corrillo, luego..., lejos, campo.

Como los collares del traje charro, oro, espigas que se cimbrean sobre un busto de tierra caliente.

Más allá, encinas de tronco pardo.

Yo quise abarcarlo todo; sentí miedo allí... tan alta. Me puse a llorar.

Aún lo recuerdo y no lo olvidaré nunca, campana.

Tu badajo, girando sobre mi cabeza, se puso a golpear su armazón.

Tu lenguaje tan cerca, era un poco rudo, pero comprendí que me querías consolar y te lo agradecí.

Abajo, el río claro, mientras corría el agua, cantaba despreocupado y bajito... una charrada.

Ya no tuve miedo.

Fué una tarde bonita. La piedra dorada, después de haberse embriagado —durante el día— de sol, lo estaba volcando en tu metal.

Te recuerdo mucho, «María de la O».

Ahora suena por aquí cerca una de tu raza, quizás en San Justo o en la Magdalena, y pienso...

También, allá en mi tierra, estarás tocando...

Además sé que eres muy culta. ¡No te quedó más remedio que hacerte una licenciada!

A tu alrededor, Facultad..., Anaya..., Derecho..., Universidad... Toda la Ciencia a tus pies.

Te llenaste de todo, aun sin estar en las aulas.

Desde tu torre bebiste el... —como decíamos ayer— Fray Luis de León..., cátedra universitaria..., Rojas..., Celestina...

Y es como si un Rector invisible le otorgara a tu badajo el título de... Doctor «Honoris Causa».

¡Qué inteligente eres, campana, y cuántas cosas han visto tus ojos inexistentes y viejos!

Bajo tu abrigo, como si fuera toquilla de una abuela centenaria, se han refugiado estudiantes, santos, bandos de familias contrarias, palabras doctas y ciertas, oraciones..., que después de haber recorrido catedralicias naves, iban a expirar en tus entrañas.

¡Ay, cuánto debes saber, «María de la O»!

Estoy segura de que si nosotros pudiéramos comprender tu lenguaje, oíríamos cientos de historias y leyendas completamente ignoradas.

¡Lo que daría yo entonces por subir, como cuando era pitusa! ¿Recuerdas?

Me contarías de «pe a pa» cómo sigue mi Salamanca.

Las campanas de las iglesias vecinas a la Catedral deben tener complejo de inferioridad.

Cuando lanzas tu tolón largo, lanzas con él noticias de última hora; lo sabes todo; lo has visto todo; por algo eres tan antigua y eres la más veterana.

Por la noche, cuando fatigada la ciudad, duerme en tu regazo...; me gustaría dormir con ella... y sentir tu vigilancia.

«María de la O», campanota limpia, cómo te recuerdo y te siento...; mujer..., hembra..., CHARRA.

Tardaré mucho tiempo en volver.

Por eso quería escribirte, para que vieras que una salmantina no puede olvidar nunca la Plaza Mayor, Campo Charro, Universidad, Catedral..., ni a ti tampoco, campana.